

2. LA FAMILIA ENGENDRA LA VIDA

A. Canto y saludo inicial

B. Invocación del Espíritu Santo

C. Lectura de la Palabra de Dios

»Y Dios creó al hombre a su imagen,
lo creó a imagen de Dios,
los creó varón y mujer (**Gn** 1, 27).

»Y el Señor dijo: «No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada». »Entonces el Señor Dios modeló con arcilla del suelo a todos los animales de campo y a todos los pájaros del cielo, y los presentó al hombre para ver qué nombre les pondría. Porque cada ser viviente debía tener el nombre que le pusiera el hombre. »El hombre puso un nombre a todos los animales domésticos, a todas las aves del cielo y a todos los animales del campo; pero entre ellos no encontró la ayuda adecuada.

»Entonces el Señor Dios hizo caer sobre el hombre un profundo sueño, y cuando este se durmió, tomó una de sus costillas y cerró con carne el lugar vacío. »Luego, con la costilla que había sacado del hombre, el Señor Dios formó una mujer y se la presentó al hombre. »Entonces este exclamó:

«¡Esta sí que es hueso de mis huesos
y carne de mi carne!
Se llamará mujer,
porque ha sido tomada del hombre».

»Por eso el hombre deja a su padre y a su madre y se une a su mujer, y los dos llegan a ser una sola carne (**Gn** 2, 18-24)

D. Catequesis bíblica

1. Los creó varón y mujer. ¿Por qué Dios creó al hombre y a la mujer? ¿Por qué quiso que en la pareja humana, más que en cualquier otra criatura, brillase su imagen? El hombre y la mujer que se aman, con todo su ser, son la cuna que Dios ha elegido para depositar Su amor, a fin de que cada hijo y cada hija que nacen en el mundo puedan conocerlo, acogerlo y vivirlo, de generación en generación, alabando al Creador.

En las primeras páginas de la Biblia se ilustra el bien que Dios ha pensado para sus criaturas. Dios creó al hombre y a la mujer **iguales en la dignidad pero diferentes**: uno varón, la otra mujer. La semejanza unida a la diferencia sexual permite que los dos entren en diálogo creativo, estrechando una alianza de vida. En la Biblia la alianza con el Señor es lo que da vida al pueblo, en relación con el mundo y la historia de toda la humanidad. Lo que la Biblia enseña acerca de la humanidad y de Dios tiene su raíz en la experiencia del Éxodo, en el cual Israel experimenta la cercanía benévola del Señor y se convierte en su pueblo, aceptando esa alianza, la única de la que proviene la vida.

La historia de la alianza del Señor con su pueblo ilumina el relato de la creación del hombre y de la mujer. Son creados para **una alianza que no les atañe sólo a ellos, sino que implica al Creador**: «lo creó a imagen de Dios, varón y mujer los creó».

La familia nace de la pareja pensada, en su misma diferencia sexuada, **a imagen del Dios de la alianza**. En esta el lenguaje del cuerpo reviste gran importancia, revela algo de Dios mismo. La alianza que un hombre y una mujer, en su diferencia y complementariedad, están llamados a vivir es a imagen y semejanza del Dios aliado de su pueblo. El cuerpo femenino está predispuesto para desear y acoger el cuerpo masculino y viceversa, pero lo mismo, antes aún, vale para la «mente» y el «corazón». El encuentro con una persona del otro sexo siempre suscita curiosidad, aprecio, deseo de hacerse notar, de dar lo mejor de sí, de mostrar el propio valor, de cuidar, de proteger...; es un encuentro siempre dinámico, cargado de **energía positiva**, puesto que en la relación con el otro/a nos descubrimos a nosotros mismos y nos desarrollamos. La identidad masculina y femenina resalta especialmente cuando entre él y ella surge la admiración por el encuentro y el deseo de establecer un vínculo.

En el relato de **Génesis 2**, Adán se descubre varón precisamente en el momento que reconoce a la mujer: el encuentro con la mujer le hace percibir y nombrar su ser hombre. El recíproco reconocimiento del hombre y de la mujer vence el mal de la soledad y revela la bondad de la alianza conyugal. Contrariamente a lo que sostiene la ideología del género, **la diferencia de los dos sexos es muy importante**. Es el presupuesto para que cada uno pueda desarrollar la propia humanidad en la relación y en la interacción con el otro.

Mientras los dos cónyuges se donan totalmente el uno al otro, juntos se donan también a los hijos que podrían nacer. Dicha dinámica del don se empobrece cada vez que se hace un uso egoísta de la sexualidad, excluyendo toda apertura a la vida.

2. No es bueno que el hombre esté solo. Para colmar la soledad de Adán, Dios crea para él «una ayuda adecuada». En la Biblia el término «ayuda» en la mayor parte de los casos tiene a Dios como sujeto, hasta llegar a convertirse en un título divino («El Señor está conmigo y me ayuda» **Sal 117, 7**); con «ayuda», además, no se entiende una intervención genérica, sino el auxilio dado frente a un peligro mortal. Creando a la mujer como ayuda adecuada, Dios libra al hombre de la soledad que es un mal que mortifica, y lo inserta en la alianza que da vida: la alianza conyugal, en la cual el hombre y la mujer se donan recíprocamente la vida; la alianza matrimonial, en la cual padre y madre transmiten la vida a los hijos.

La mujer y el hombre son **la una para el otro una «ayuda»** que «tiene delante», que sostiene, comparte, comunica, excluyendo cualquier forma de inferioridad o de superioridad. La igual dignidad entre hombre y mujer no admite ninguna jerarquía y, al mismo tiempo, no excluye la diferencia. La diferencia permite a hombre y mujer estrechar una alianza y la alianza los hace fuertes.

Lo enseña el libro del Sirácide: «El que consigue una mujer, empieza a hacer fortuna, una ayuda semejante a él y columna de apoyo. Donde no hay valla, la propiedad es saqueada, donde no hay mujer, el hombre gime a la deriva» (36, 26-27).

El hombre y la mujer que se aman en el deseo y en la ternura de los cuerpos, así como en la profundidad del diálogo, se convierten en aliados que **se reconocen el uno gracias a la otra**, mantienen la Palabra dada y son fieles al pacto, se sostienen para realizar esa semejanza con Dios a la cual, como varón y mujer, están llamados desde la creación del mundo. A lo largo del camino de la vida profundizan el lenguaje del cuerpo y de la Palabra, pues ambos son necesarios como el aire y el agua. Hombre y mujer deben evitar las insidias del silencio, de la distancia y de las incomprensiones.

Con frecuencia los ritmos de trabajo, cuando llegan a ser extenuantes, quitan tiempo y energías al cuidado de la relación entre los esposos: **es pues necesario el tiempo de la fiesta que celebra la alianza y la vida**.

La creación de la mujer tiene lugar mientras el hombre duerme profundamente. El sueño que Dios hace descender sobre él expresa su abandono a un misterio que le es imposible comprender.

El origen de la mujer queda envuelto en el misterio de Dios, así como es misterioso para toda pareja el origen del propio amor, el motivo del encuentro y de la recíproca atracción que ha llevado a la comunión de vida. Aún así una cosa es segura: **en la relación de pareja Dios ha inscrito la «lógica» de su amor**, para la cual el bien de la propia vida consiste en darse al otro/a.

El amor de pareja, hecho de atracción, compañía, diálogo, amistad, atención... hunde sus raíces en el amor de Dios, que desde el origen pensó en el hombre y en la mujer como criaturas que se amasen con su mismo amor, aunque la insidia del pecado pueda hacer que su relación sea difícil y ambigua. Lamentablemente **el pecado sustituye la lógica del amor**, del don de sí mismo con la lógica del poder, del dominio, de la propia afirmación egoísta.

3. Serán una sola carne. Creada de la costilla del hombre, la mujer es «carne de su carne y hueso de sus huesos». Por este motivo, **la mujer participa de la debilidad** –la carne– del hombre, **pero también de su estructura portante** –el hueso–. Un comentario del Talmud observa que «Dios no ha creado a la mujer de la cabeza del hombre para que el hombre dominase; no la ha creado de los pies para que estuviera sujeta al hombre, sino que la ha creado de la costilla para que fuera cercana a su corazón». A estas palabras hacen eco las de la «amada» del Cantar de los Cantares: «Ponme como sello en tu corazón...» (8, 6). En estas se expresa la unión profunda e intensa a la cual aspira y a la cual está destinado el amor de pareja.

«¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!»: el hombre pronuncia estas primeras palabras frente a la mujer. Hasta ese momento había «trabajado» dando nombre a los animales, pero permaneciendo todavía solo, incapaz de palabras de comunión.

En cambio, cuando ve a la mujer delante de él, el hombre pronuncia palabras de admiración, reconociendo en ella la grandeza de Dios y la belleza de los afectos. A la comunión rica de estupor, gratitud y solidaridad de un hombre y de una mujer Dios encomienda su creación. ***Aliándose en el amor serán en el tiempo una «sola carne».***

La expresión «sola carne» ciertamente alude al hijo, pero antes aún evoca la comunión interpersonal que implica totalmente al hombre y a la mujer, hasta el punto que constituyen una realidad nueva. Unidos de este modo, el hombre y la mujer podrán y deberán estar dispuestos a la transmisión de la vida, a la acogida, engendrando los hijos pero, asimismo, abriéndose a las formas de la acogida familiar y de la adopción. La intimidad conyugal, en efecto, es el lugar originario que Dios ha predispuesto y querido donde no sólo se engendra y nace la vida humana, sino que es acogida y aprende toda la constelación de los afectos y de los vínculos personales.

En la pareja hay estupor, acogida, entrega, consuelo a la infelicidad y a la soledad, alianza y gratitud por las obras admirables de Dios. Y así se convierte en terreno bueno donde se siembra la vida humana, brota y sale a la luz. ***Lugar de vida, lugar de Dios:*** la pareja humana, acogiéndose a la vez y acogiendo al Otro, realiza su destino al servicio de la creación y, haciéndose cada vez más semejante a su Creador, recorre el camino hacia la santidad.

E. Escucha del Magisterio

En la vida de familia las relaciones interpersonales tienen fundamento y reciben alimento del misterio del amor. El matrimonio cristiano, ese vínculo por el cual el hombre y la mujer prometen amarse en el Señor para siempre y con todo su ser, es la fuente que alimenta y vivifica las relaciones entre todos los miembros de la familia. No es casualidad que en los fragmentos siguientes de la Familiaris Consortio y de la Evangelium Vitae, para ilustrar el secreto de la vida doméstica, se repitan varias veces los términos «comunión» y «don».

El amor, fuente y alma de la vida familiar

La comunión conyugal constituye el fundamento sobre el cual se va edificando la más amplia comunión de la familia, de los padres y de los hijos, de los hermanos y de las hermanas entre ellos, de los parientes y de otros familiares.

Dicha comunión arraiga en los vínculos naturales de la carne y de la sangre, y se desarrolla encontrando su perfeccionamiento propiamente humano en el instaurarse y en el madurar de los vínculos todavía más profundos y ricos del espíritu: el amor, que anima las relaciones interpersonales de los distintos miembros de la familia, constituye la fuerza interior que plasma y vivifica la comunión y la comunidad familiar.

Además la familia cristiana está llamada a hacer experiencia de una comunión nueva y original, que confirma y perfecciona la comunión natural y humana. En realidad, la gracia de Jesucristo, «el Primogénito entre muchos hermanos» (**Rm 8, 29**), es por su naturaleza y dinamismo interior una «gracia fraterna», como la llama santo Tomás de Aquino (S. Th. II-II, 14, 2, ad 4). El Espíritu Santo, infundido en la celebración de los sacramentos, es la raíz viva y el alimento inagotable de la comunión sobrenatural que reúne y vincula a los

creyentes con Cristo y entre sí en la unidad de la Iglesia de Dios. Una revelación y realización específica de la comunión eclesial la constituye la familia cristiana, que también por esto puede y debe llamarse «Iglesia doméstica» (LG, 11; cf. AA, 11).

Todos los miembros de la familia, cada uno según su propio don, tienen la gracia y la responsabilidad de construir, día a día, la comunión de las personas, haciendo de la familia una «escuela de humanidad más completa y rica»: (GS, 52) es lo que sucede con el cuidado y el amor hacia los pequeños, los enfermos y los ancianos; con el servicio recíproco de todos los días, compartiendo los bienes, alegrías y sufrimientos. [*Familiaris Consortio*, 21]

La familia está llamada en causa a lo largo de la vida de sus miembros, desde el nacimiento hasta la muerte. La familia es verdaderamente «el santuario de la vida...», el ámbito donde la vida, don de Dios, puede ser acogida y protegida de manera adecuada contra los múltiples ataques a los cuales está expuesta, y puede desarrollarse según las exigencias de un auténtico crecimiento humano». Por esto, el papel de la familia en la edificación de la cultura de la vida es determinante e insustituible.

Como **iglesia doméstica**, la familia está llamada a anunciar, celebrar y servir al **evangelio de la vida**. Es una tarea que corresponde principalmente a los esposos, llamados a transmitir la vida, siendo cada vez más **conscientes del significado de la procreación**, como acontecimiento privilegiado en el cual se manifiesta que la vida humana es **un don recibido para ser, a su vez, dado**. En la procreación de una nueva vida los padres descubren que el hijo, «si es fruto de su recíproca donación de amor, es a su vez un don para ambos: un don que brota del don».

Es principalmente mediante la educación de los hijos como la familia cumple su misión de anunciar el evangelio de la vida.

Con la palabra y el ejemplo, en las relaciones y decisiones cotidianas, y mediante gestos y expresiones concretas, los padres inician a sus hijos en la auténtica libertad, que se realiza en la entrega sincera de sí, y cultivan en ellos el respeto del otro, el sentido de la justicia, la acogida cordial, el diálogo, el servicio generoso, la solidaridad y los demás valores que ayudan a vivir la vida como un don. La tarea educadora de los padres cristianos debe ser un servicio a la fe de los hijos y una ayuda para que ellos cumplan la vocación recibida de Dios. Pertenece a la misión educativa de los padres enseñar y testimoniar a los hijos el sentido verdadero del sufrimiento y de la muerte.

Lo podrán hacer si saben estar atentos a cada sufrimiento que encuentren a su alrededor y, principalmente, si saben desarrollar actitudes de cercanía, asistencia y participación hacia los enfermos y ancianos dentro del ámbito familiar. [*Evangelium Vitae*, 92]

F. Preguntas para la pareja de esposos y para el grupo

PREGUNTAS PARA LA PAREJA DE ESPOSOS

1. ¿Cómo vivimos el deseo y la ternura en nuestra relación?
2. ¿Qué obstáculos impiden nuestro camino de alianza profunda?
3. ¿Nuestro amor de pareja está abierto a los hijos, a la sociedad y a la Iglesia?
4. ¿Qué pequeña decisión podemos tomar para mejorar nuestro entendimiento?

PREGUNTAS PARA EL GRUPO FAMILIAR Y LA COMUNIDAD

1. ¿Cómo promover en nuestra comunidad el valor del amor esponsal?
2. ¿Cómo favorecer la comunicación y la ayuda recíproca entre las familias?
3. ¿Cómo ayudar a aquellos que tienen dificultades en la vida de pareja y de familia?

G. Un compromiso para la vida familiar y social

H. Preces espontáneas. Padre Nuestro

I. Canto final